

tadora cabeza reapareció á dos pasos de ellos, alumbrada por una lámpara de cobre.

XXVIII

Muchacho excéptico por naturaleza y habituado á las maneras de las mujeres perdidas, Elsagaray, el artillero, tuvo el descaro, para hacerse abrir, de mostrar una moneda de plata que por casualidad le quedaba.

.....

XXIX

—*Macache* (¡jamás!)—dijo la bella cabeza sin cuerpo, chasqueando la lengua con aire desdeñoso y despegado. En efecto; no era aquella su tarifa. Y pasando por el ventanillo las manecitas, con los dedos pintados de color rojo indicó, contando por los dedos, que era necesario dar cinco veces más.

XXX

Los tres bretones tenían buen corazón. «Toma—dijo Ivon—yo te lo doy»—y puso en la mano de Elsagaray el resto de su bolsillo: la suma exigida se completó.

Kerboul y Le Hello, reuniendo todo lo que tenían, quisieron darlo también á Guiaberry para Fizah, que acababa de aparecer. El ajuste se hizo rápidamente por las dos hermanas, y los dos vasos pasaron, agachándose, por la puertecilla siniestra.

Quedaba Baracere, que quería entrar también, seducido por los grandes ojos de Lalla-Kadidja, la madre. El había distinguido, por detrás de Fatmah, aquella profunda mirada. No tenía nada, y las tres moras pensaban dejarle fuera. Pero en aquel momento, Lalla-Kadidja comprendió que era vieja, y notando que Baracere era hermoso y que estaba borracho, le cogió por el brazo con cínica sonrisa para arrastrarle hácia sí.

La puerta giró pesadamente sobre sus goznes, y fué cerrada por un cerrojo y grandes barras de hierro.

¡De profundis!..... Los tres que quedaron fuera

se miraron, procurando aclarar sus ideas, y después se sentaron en el suelo, sobre el empedrado, para esperar.....

XXXI

Ellos querían permanecer allí, pues aún comprendían que no convenía separarse de un lugar semejante. Auguraban mal de aquella casa que acababa de encerrar á sus compañeros de á bordo.

Si un bretón hubiese entrado allí le hubieran esperado hasta por la mañana. En todos los países, es costumbre entre marineros que corren aventuras conservar ese lazo de unión, áun cuando estén muy extraviados por la embriaguez; no abandonan nunca á los compañeros que son de su mismo pueblo ó de su mismo país. Pero aquellos artilleros, después de todo, eran vascos, y á la mañana apenas los conocerían. Los esperaron largo tiempo, pero después los olvidaron, y cuando uno de ellos se levantó echaron á andar.

XXXII

Habían vuelto á cantar de nuevo á tres voces la canción del *Joli baleinier*. Estaban siempre en las

mismas callejas; bien las reconocían; pero entonces, una multitud de apariciones, parecidas á la de Fatmah, se mostraban á su paso. A cada momento se veía una pared blanqueada, un agujero, por el cual sonreía una cabeza pintada, que estaba cubierta de plata, de coral y de flores de azahar.

Algunas veces se abría una puerta. En el interior, las mujeres que tenían las voces muy dulces, cantaban: «Danidann, danidann», frotándose las manos delante de un brasero de cobre, de donde salía humo de incienso. Se las veía agrupadas, bajo alguna columnata de marmol, de forma elegante; llevaban chupas de seda y oro, pantalones de mil pliegues y pequeñas babuchas con perlas; sus trajes estaban compuestos de esos colores suaves, extraordinarios y sin nombre, que deben usar las hadas.

«Danidann, danidann.....» en aquellas callejas, que parecían los restos de una ciudad muerta; en aquellas casas, roídas de puro viejas, próximas á caer hechas polvo, había un no sé qué de encanto y como de *Mil y una noches*.—Ellas sonreían, invitándoles á entrar; y ellos se detenían, encantados de verlas, pero sin atreverse. Había allí de esas mujeres por todas partes; y cuanto más avanzaba la noche, más se abrían las viejas puertas.

Moras sonrosadas, medio cubiertas bajo los velos de gasa de seda blanca. Judías pálidas, con sus delgadas pestañas y justillo de terciopelo. Otras que, para prostituirse, habían venido desde doscientas leguas del interior, de los oasis lejanos, y que tenían extrañas figuras del desierto, inmóviles en su puerta, permanecían con los ojos bajos, la voz ronca, y con altos tocados de placas de metal y joyas, como las que usan los salvajes.

También había negras, de tipo raro y de fealdad extraordinaria. Envueltas de la cabeza á los pies, en telas azules de cuadros, eran las más intrépidas, y avanzando á grandes pasos y mostrando sus piernas flacas, les tiraban de la manga para hacerles entrar. Ellos las miraban por encima del hombro, riéndose á carcajadas, y seguían su camino; los tres bretones empezaban á comprender en qué lugar habían caído..... Y cuando veían salir de algún viejo palacio musulmán una linda criatura, con ojos agrandados por el artificio, brillando en la obscuridad, se aproximaban para tocarla. De cerca, lo más frecuente era que estuviese ajada; llevaba bordados de oro deslucidos, joyas que no eran más que quincalla, simulando las verdaderas que había vendido á los judíos.

Entonces, Kerboul ofrecía, por irrisión, los cénti-

mos que le quedaban; la muchacha le dirigía en francés alguna injuria grosera, que había aprendido de algún zuavo, y cerraba la puerta.

En la parte baja, en la ciudad francesa, tocaban retreta; los soldados y los spahis, que tenían los cuarteles en la alta, pasaban para llegar á la llamada. Cruzaban en filas y del brazo, cantando á voz en cuello *El artillero de Metz* ó alguna otra canción de taberna, bajo las arcadas moriscas. La antigua Kasbah, donde en otro tiempo se destrozaba al imprudente viajero, estaba llena de voces de borrachos.

XXXIII

Entre tanto se hacía tarde, estaban fatigados, y tenían sed. Poco á poco las tiendas de los barberos, donde se tocaba; los cafés morunos, en que se bailaba, se iban cerrando. Hasta las puertas de las muchachas dejaban ya de abrirse. La hora de la gran prostitución del domingo había pasado. La ciudad árabe caía de nuevo en el silencio y en la noche profunda. Los marineros hubieran querido entrar en alguna parte para beber todavía y para dormir. Pero, entre los tres, no tenían más céntimos que los

de Kerboul. Y además, Ivon se inquietaba por dos gatitos pequeños que había robado por cariño, y que se quejaban dentro de su camisa de marinero, donde los había alojado, para que tuviesen más calor. Bajaban entonces una larga y desierta calle. Encontraron una puerta de mármol, esculpida de flores muy antiguas, inscripciones árabes y dibujos misteriosos, cuyo efecto se asemejaba al que producen las porcelanas de mil colores; una lámpara que estaba allí suspendida arrojaba al exterior una luz, que reflejaba sobre el pavimento. Algunas gentes de muy mala traza entraban furtivamente. Ellos entraron también, por curiosidad. Era un baño árabe, de mala fama. Los bañistas se habían ido, y hombres sin hogar, mestizos indefinibles, nacidos al azar, del vicio, iban á acostarse por diez céntimos sobre las esteras, llenas de sabándijas, que habían servido para las fricciones.

Pasaron delante de aquella gente que dormía. Después llegaron á unas pilas profundas, cubiertas por grandes bóvedas, que se filtraban como las cavernas. Apenas se veía allí á causa de un vapor caliente, que aumentaba la obscuridad; el aire húmedo tenía una pesadez extraña—y un hombre amarillento, desnudo, sobre el mármol como un cadáver, cantaba con voz de falsete un aire lúgubre,

que daba miedo. Les pareció inmundo aquel lugar, y se marcharon.

XXXIV

Largo tiempo anduvieron sin ver nada más. Y después oyeron un gran ruido, que partía de una casa cerrada: una música infernal, gritos y risas. Escucharon; hablaban francés allí dentro—¡y también bretón!.....

Llamaron, pero no les abrían. Entonces derribaron la puerta á golpes.—Los recibieron con los brazos abiertos. Una habitación semi-árabe; cuatro negros, enteramente desnudos, tocaban con castañuelas de cobre y un tambor un aire de la Nubia. Y al son de aquella orquesta, una docena de parejas de zuavos y marineros bailaban pausadamente cogidos por la cintura;—los zuavos tenían puestas las camisas de los marineros y éstos las gorras de los zuavos. Cuando los cuatro negros estenuados hacían señal de detenerse, los bailarines les enseñaban el puño y los otros continuaban desesperados de su impotencia.....

Entonces quisieron ellos también vestirse con la ropa de un zuavo para tomar parte en la diversión. Uno rubio y corpulento se ofreció voluntariamente,

y cada uno de los tres bretones le dió en cambio una pieza de su traje.

Por último salieron juntos, hacia la media noche, después de haber bebido, sin pagarlo, un litro de aguardiente, tan fuerte, que quemaba como fuego. En aquel momento eran cuatro, con el compañero adquirido nuevamente, y empezaron otra vez á errar por las calles más borrachos que nunca.....

XXXV

Era la una de la madrugada y se encontraban, sin saber cómo, en lo más alto de la Kasbah. Estaban sentados sobre las rocas, á la entrada de un bosque de Eucaliptus, cuyas hojas agitaba de cuando en cuando un soplo de viento.

Por encima de ellos estaba la ciudad árabe y más abajo la ciudad cristiana, ambas dormidas; los últimos gritos, los últimos cánticos de la orgía acababan de terminar. La antigua Kasbah, protegida por la majestad y los pudores de la noche, se re-hacía sobre sí misma y se recogía en el pasado. Se veían las entradas de las calles centenarias que iban á perderse en las obscuridades profundas. La luna alumbraba con palidez serena los grupos de

construcciones moriscas, que conservaban, á pesar de su antigüedad, una blancura misteriosa, y que parecían habitaciones encantadas. A lo lejos se extendía la mar, gris perla, con las luces de las embarcaciones.

Todas las exhalaciones humanas habían cesado con los olores de las drogas, de las tabernas y de las prostitutas. No había entonces más perfume que el de los naranjos, con no sé qué otro olor fresco y rejuvenecedor que subía de la campiña.

El aire tenía esa calma tibia y esa transparencia de las noches de Argelia; un soplo de viento que se levantaba á intervalos regulares, como la respiración de las cosas, hacía remover detrás de ellos las ramas del bosque. En aquel estado tranquilo soñaban con todas las mujeres que habían visto en las casas viejas, ó en las paredes de azulejos, y que cantaban «Dani dan» batiendo palmas y haciendo gran ruido con las sortijas y los brazaletes. Soñaban también con sus tres compañeros vascos, que habían abandonado en medio de ellas, y se preguntaban si no sería posible, buscando bien, encontrar aquella puerta y volver á socorrerlos.

Ivon se acordaba de Bretaña, de las grandes costas de granito, donde soplaban el viento húmedo del Océano, y de las nieblas grises, extendiéndose como

largos velos sobre la inmensidad del mar alborotado y de los grandes paisajes taciturnos del país céltico. Todo aquello, visto desde Argelia, estaba pálido como una visión lánguida; suave y triste como una poesía del Norte. Y después recordaba el país de León, la llanura plateada y florida, amarilla por las aliagas en flor, y el campanario, al despertar, elevándose en la planicie sobre el fondo dulce y melancólico del cielo bretón..... Cierta resplandor se destacaba de su clara inteligencia; le daba vergüenza de haber estado borracho, y se pasaba las manos por la frente como para arrancar de delante de sus ojos el velo pesado del alcohol.

XXXVI

En aquel momento se oyó rodar un carruaje que subía de la ciudad. Se iba aproximando, y al fin pasó cerca de ellos. Era una especie de carretilla, un gran cofre negro, como para conducir cadáveres; estaba arrastrado por dos hombres, que se apresuraban con aspecto de haber cometido alguna falta. Un gemido partió de aquella arca cerrada. Entonces se levantaron todos.

XXXVII

—¡Eh! ¡A esos!—¿Qué es lo que lleváis ahí ocultándoos en la noche?

—Unos perros, señores marineros—respondieron los que pasaban con una carcajada.

Aquello era sencillamente el carruaje que conducía á los perros errantes.

Pero al movimiento que ellos habían hecho y al ruido de su propia voz, aquellos fantaseadores se habían convertido de nuevo en simples marineros borrachos, y sintiendo de pronto por aquellos *pobres animales* una piedad simpática, una ternura de borrachos, exigieron que los pusieran en libertad y se suscitó una disputa.

XXXVIII

La discusión no fué larga: cinco minutos después el cochecillo continuaba su camino; pero eran los marineros los que lo empujaban, cantando su canción favorita, y los perros sueltos seguían saltando, locos de gozo, lamiéndoles las manos á sus amigos. La carreta marchaba alegremente dando vaivenes sobre las piedras, y dentro de ella iban los

dos hombres encerrados, bajo llave, en el cofre de los animales.....

XXXIX

Joli baleinier, veux—tu naviguer?

Joli baleinier,

Joli baleinier.

Los pasearon hasta la mañana, cantando primero *Joli baleinier*, y después, para cambiar:

Tiens bon, Marie Madeleine,

Tiens bon, Marie Madelon!

XL

Por último, los arrojaron cerca de Bâb-Azoum, sobre un montón de basura.

XLI

Entonces reconocieron aquellas calles y quisieron aproximarse al punto donde la víspera habían desembarcado. Llegaron á los barrios de mala

fama, llenos de guaridas italianas, que están próximos á la marina. Comenzaba á hacer frío. No había amanecido aún; pero, sin embargo, ya se abrían algunas tabernas para dar de beber á los jornaleros más madrugadores, ó para arrojar fuera á los embriagados del día anterior que habían rodado debajo de la mesa, entre los salivazos, abrazados á las muchachas. Entraron y se sentaron en los bancos de un gran cobertizo, en cuyo fondo se veían filas de toneles alineados. La garganta se les abrasaba. Con la bolsa del zuavo y los céntimos de Kerboul, bebieron varios vasos de ajenojo con un poco de agua. En cuanto se les acabó el dinero, los echaron á la calle.

XLII

En aquel momento no tenían ya conciencia de nada. Iban con el cuerpo inclinado hacia adelante, extendiendo los brazos como para asir el vacío, describiendo en su marcha grandes curvas, como los pájaros heridos. La cabeza les dolía, tenían gran necesidad de dormir, y un mareo continuado, que les producía una impresión de agonía penosa.

Se encontraron otra vez al final de los muelles, y entonces se acordaron de su barco, de su oficio de

marineros, y no quisieron ir más lejos, por temor de perder de vista la mar; se tendieron sobre la arena, quedaron inmóviles y como incrustados en el punto en que por casualidad habían caído, y perdieron el conocimiento.

XLIII

Elsagaray y Guiaberry, los dos vascos, al despertar, miraron á las jóvenes que dormían cerca de ellos.

Sus camisas, que estaban hechas de una gasa que nunca habían visto, se abrían á medias sobre el cuerpo moreno. Vieron que eran hermosas, á pesar de que sus mejillas estaban un poco pálidas.

Una lámpara, montada en largo pie, al estilo de las lámparas antiguas, alumbraba un lugar extraño, irregular, como una caverna. La lechada de cal, extendida por todas partes, suavizaba los ángulos ó las rugosidades de las paredes donde, agrupados al azar, se veían cuadros pequeños que representaban cosas incomprensibles: eran inscripciones singulares, en forma de animales; leones, cuyos cuerpos eran un conjunto de jeroglíficos de oro; sím-

bolos misteriosos, y varias imágenes de un caballo alado con rostro de mujer.

Habían dormido en el suelo, sobre unas almohadas; no había nada en aquella guarida, nada más que una estera basta, toda de una pieza, cubriendo el suelo, y un plato de cobre, en el cual se había quemado el ambar y el incienso. El aire conservaba su olor de iglesia. Las jóvenes tenían en su sueño una tranquilidad y una inocencia infantiles. Estaban aún ataviadas con todas las joyas de plata y de coral, y con los olorosos collares de flores de azahar.

Ellos experimentaban cierta timidez y malestar en medio de todo aquello que les era desconocido. Se levantaron con precaución para no despertarlas, y se acercaron hacia una abertura, que cerraba una cortina de seda. Entonces se encontraron en el patio de azulejos y de marmol, al que entraba por arriba el aire puro y delicioso de las últimas horas de la noche.

XLIV

Se acordaron de Barazére, que dormía cerca de Kadidja, en otra parte de la casa, y le llamaron dulcemente. Barazére se levantó y miró á aquella

mujer que le quería detener con sus brazos; vió que era vieja, que su rostro estaba arrugado y hundido, y se desprendió de ella con horror rechazándola con el pié.....

XLV

Buscando en la indecisa luz blanquecina, encontraron la puerta que daba al exterior, y salieron enervados por las embriagueces de la noche. La pálida mañana los envolvió con su sana frescura y con su luz tímida y virginal. No se oía ningún ruido: todo dormía aún en la Kasbah que, envuelta en sus blancuras de cal, tenía más que nunca aspecto de lúgubre sepulcro.

¿Dónde estaban? Pudieron orientarse porque ya no estaban borrachos. Juzgaron que debían estar muy arriba, por encima del puerto y de la mar, y empezaron á descender por las empinadas pendientes de las callejuelas árabes. Apenas se veía, y todo tenía en torno suyo una singular palidez, pues aparte el pavimento de piedras negras, todo era blanco.

Las viejas casas moriscas; las viejas bóvedas ojivales; los viejos puntales de madera que corrían á lo largo de los muros todo estaba indeciso y pare-

cía tallado en nieve; era aquello como una obscuridad blanca. El silencio parecía cubrir encantos y misterios.

Después de las voluptuosidades, de los besos febriles y los vapores del incienso, respiraban con delicia aquel aire puro y aquella frescura dulce de la mañana. Y marchaban con paso vivo y ligero por aquellos altos barrios que dormían.

Iban alegremente, saboreando ese bienestar matinal, y sin pensar que pudiese acabar nunca su salud y juventud, sin sospechar que llevaban consigo, en su sangre misma, espantosos gérmenes de muerte.....

XLVI

No era aún día claro cuando llegaron á la parte baja, á los muelles de Argel. Entre los escombros y los trozos de madera apilados vieron masas grises: eran árabes, trabajadores de los barcos, que dormían á la luz de la luna, envueltos en sus albornoces; un montón horroroso, cubierto de harapos y de sabandijas. Y después, algo más lejos, se echaron á reir al reconocer á sus amigos de la víspera, los tres bretones, sobre la arena. Se asombraron de ver uno más con grandes bigotes: era el zuavo.

XLVII

Tres perros, sentados sobre las patas traseras, parecían velar sobre ellos con reconocimiento solícito.

Los bretones dormían profundamente; estaban desabrochados, y á cada uno de ellos le faltaba una pieza del traje, que se había quitado para vestir al zuavo.

Ivon, que le había dado la camiseta de rayas azules, dejaba ver su pecho desnudo, y los dos gatitos que había robado para enseñarles monadas, pegados á él, dormían también tranquilos y confiados.

Un vapor diáfano, nacarado, se extendía sobre el mar como un velo, tomando un color dorado y luminoso hacia el Oriente. Los albornoces grises comenzaban á agitarse y á bullir por el suelo; por encima del inmundo montón se veía levantar un brazo, una pierna amarillenta, ó surgir una cabeza negra. Aquella era la hora del primer saludo de la mañana, y se despertaban para rezar su plegaria. Poco á poco llegaba el día, derramando su luz sobre todas las cosas—y el vapor diáfano y nacarado desaparecía, haciéndose tan ténue, que dejaba ver los barcos más distantes, y casi el horizonte de

la mar: después desapareció de repente, como una cortina de gasa que se descorre; el sol había salido. «¡Alah! ¡Alah!» Todos los árabes se pusieron en pié: presentaban un aspecto verdaderamente majestuoso, á pesar de sus parduzcos y polvorientos harapos: tenían erguidas y arrogantes sus hermosas cabezas, con grandes ojos negros; el sol los inundaba de rayos color de oro, y en aquel instante, nobles y respetuosos estaban tan bellos como los dioses.

Se veía entonces la Kasbah, allá, en lo alto, destacarse transparente del violado ceniciento del celaje, en blancuras opacas, matizadas por doquiera de rosadas tintas. Los colores de los objetos más lejanos se habían hecho tan claros, que ya no tenían perspectiva; todo parecía que estaba cerca, y la ciudad árabe presentaba un montón de construcciones superpuestas, suspendidas en el aire. No había allí más que aquel cielo gris perla, que conservaba detrás de todas aquellas cosas humanas una transparencia y una profundidad infinitas....

Los barcos habían desplegado sus velas blancas, para secar al sol la humedad de la noche. Eran las siete de la mañana, y el bote del buque de guerra á que pertenecían los seis marineros salió á buen andar para recogerlos, hendiendo el agua azulada con sus ligeros remos.

Llegó á la costa: los vascos, ayudados por los remeros, condujeron á él á los bretones con sus gatitos, y se embarcaron á su lado. Los tres perros siguieron la lancha con melancólica mirada, y cuando se perdió de vista, se volvieron con aspecto triste hacia la ciudad.

XLVIII

También á bordo produjo asombro aquel desconocido de los bigotes. Sin embargo, á todos los acostaron cuidadosamente. Ivon se despertó cerca del medio día, y encontró en su bolsillo una llave grande..... ¡La llave del cofre de los perros!

Se acordó entonces de que se había olvidado de abrirlo cuando lo habían tirado cerca de Bàb-Azoun; y como muchacho de buen corazón, sintió cierto remordimiento. Después rogó á un amigo que fuera en seguida á arrojar al mar aquella llave, temiendo que pudiera servir de pieza de acusación contra todos ellos.

XLIX

DESENLACE

La identidad del zuavo no fué reconocida hasta por la noche.

Todos fueron castigados, los tres bretones especialmente: la historia de la carreta había hecho gran ruido en Argel, y existían contra ellos las más graves prevenciones. Los tres vascos se vieron bien pronto atacados de una enfermedad horrible. Aquellas mujeres se la habían trasmitido casi inconscientemente. Irresponsables de su vicio y de su miseria, habían comunicado á aquellos libertinos lo que otros les habían llevado á ellas. Uno murió, Barazére. Los otros dos se creyeron curados, después de haber sido durante algún tiempo objeto del menosprecio de sus compañeros. Pero el germen de aquel veneno les quedaba en la sangre. No tenían ya que hacer más que unos cuantos meses de servicio, y al año siguiente se casaron con unas jóvenes que los habían esperado en su aldea, durante el tiempo de su servicio en la mar. En las familias de aquellos pescadores, que habían sido hasta entonces sanas y robustas, introdujeron la enferme-

dad árabe; el primer hijo de cada uno de ellos vino al mundo cubierto de llagas vergonzosas.

Los pobres perros volvieron á recuperar el cariño de sus amos.

Los gatitos de Ivon se hicieron muy hermosos, aprendieron un gran número de ejercicios, supieron tenerse derechos sobre las patas traseras—y saltar por encima de las rudas manos de los gavieiros puestos en rueda. Poco tiempo después tenían ya varios gatitos más.

En cuanto á los dos hombres que dejaron abandonados dentro de la carreta, fueron al hospital llenos de dolorosas contusiones; y para aumento de desgracia, todos encontraron ridículo el lance, por lo que sirvieron largo tiempo de chacota y burla á sus compañeros.

L

MORALEJA

Es siempre un crimen hacer daño á las gentes, sobre todo cuando éstas son buenas, como eran las de nuestra historia; pronto ó tarde, es uno fatalmente castigado.

Esto se demuestra claramente, amigo Plumkett,

por la suerte que cupo á aquellos secuestradores de perros.—(*Fin del cuento.*)

Plumkett.—Mi querido Loti, ya había yo previsto que su cuento de usted no tendría piés ni cabeza, y terminaría con una verdad de Pero Grullo.

Los personajes, que son los perros, no aparecen hasta la mitad de la historia, y las tres damas del título no figuran en el desenlace. Todo esto está muy poco conforme con las reglas seguidas por nuestros buenos autores. Pero no se lo reprocho á usted; cada cual escribe como puede, y no sería razonable exigir que los escritos de usted encerraran una idea, ni tuvieran método ni hilación.

Por lo demás, los marineros están bien pintados, y hasta me gustan las descripciones de Argel, porque son exactas y están bastante bien coloreadas.

Me recuerdan cierta primavera que, por casualidad, pasamos juntos allí hará unos tres años. ¡Hizo usted no pocas fídiculeces, amigo mio! El día lo pasaba usted ejerciendo de estátua ecuestre, en compañía de su amigo Mohammed, montados en unos caballos que hubiesen destrozado á cualquier cristiano. Por la noche iba usted á reunirse con unos amigos de piel amarilla en las madrigueras de la Kasbah, rogándome que no le acompañase (de lo cual no tenía yo ninguna gana), bajo pretesto de